



Volumen 2 N° 4 (Cuarto Trimestre, 2011): pp. 235-248.

## VISIÓN DE EUROPEOS SOBRE LA MUJER ARISTOCRÁTICA DE SANTIAGO DE CHILE, 1743-1795

THE EUROPEAN VISION OF THE ARISTOCRATIC WOMEN OF SANTIAGO DE CHILE, 1743-1795

**Lic. Gastón Gaete Coddou**

Universidad de Playa Ancha  
Valparaíso – Chile  
gagazo@gmail.com

**PROYECTO DE INVESTIGACIÓN**

FVH/CEHP N° 105/2010  
“Patrimonio Histórico y Educación Antártica”

**FECHA DE RECEPCIÓN:** 08 agosto 2011 – **FECHA DE ACEPTACIÓN:** 12 septiembre 2011

### RESUMEN

Las formas de ser y costumbres de los hombres y mujeres en una sociedad revelan aspectos referenciales de su mentalidad y de cómo el ambiente físico y cultural puede terminar por influir y definir varias de sus manifestaciones. A este respecto, en este trabajo se describen y analizan las visiones que testigos presenciales, preferentemente europeos, al llegar de visita o simplemente de paso por el país, observaron y valoraron de las mujeres chilenas en su desenvolvimiento social.

### PALABRAS CLAVES

Chile Colonial – Mujer Chilena – Mentalidad Femenina del Siglo XVIII

### ABSTRACT

The habits and the customs of men and women in a society reveal aspects of their ways of thought and how their physical and cultural environment can eventually end up influencing and defining different aspects of it. As regards this, in this article the impressions that different witnesses, preferably European, who visited or simply passed through the country, had of the Chilean women in their social development are described and analyzed.

### KEY WORDS

Colonial Chile – Chilean Women – Feminine Mentality of the 18<sup>th</sup> Century

La ambientación de éste trabajo haya su eje de acción analítico en el período de la Colonia y precisamente en los últimos años del siglo XVIII, centuria, en la que el movimiento de la Ilustración lo marcó de manera sustantiva, ya que este sistema de ideas y valores que sostenía un optimismo basado en el progreso de las ciencias y en el conocimiento que los seres humanos podían tener sobre sí mismos, de sus propios aciertos y errores, orientó en los chilenos dieciochescos, la formación y concepción de una mentalidad que tuvo diversas expresiones sociales, las cuales, fueron observadas, descritas y valoradas por diversos viajeros que arribaron a esta lejana y periférica colonia del imperio español.

Desde esta perspectiva, las detalladas relaciones escritas por cronistas nacionales, peninsulares y anglosajones, permiten comprender el diario vivir y las sensibilidades que se iban manifestando, especialmente en la ciudad capital de esta posesión de ultramar.

En este estudio se considerará un grupo de fuentes primarias válidas para el siglo XVIII, que son presentadas en el siguiente cuadro, y permiten identificar: el título, el autor de la obra, las ideas fuerza de cada una de estas publicaciones y la catalogación de su temática más cercana de acuerdo al contenido de estas visualizaciones. Todos estos antecedentes en su conjunto, resultan esenciales para elaborar los razonamientos que argumentan este estudio.

**CUADRO Nº 1**  
**VISIÓN DE LOS VIAJEROS SOBRE LA CIUDAD DE SANTIAGO EN EL SIGLO XVIII**

TRABAJO	AUTOR	CONTENIDO	CATALOGACIÓN TEMÁTICA
La ciudad deliciosa a la vista	Pedro de Córdova y Figueroa	Describe: la ciudad de Santiago; los templos religiosos; la Plaza de Armas y sus edificaciones laterales, la organización de la Justicia colonial; la producción agrícola y minera del país.	Material de urbanismo, rasgos institucionales y de geografía económica.
La ciudad en forma de ajedrez	Felipe Gómez de Vidaurre	Se describe: el plano urbano de Santiago; el mercado; la Casa del Gobernador; la Casa del Conde de Sierralta; la Catedral y la casa del Obispo; el puente de Cal y Canto y las casas religiosas.	Material de urbanismo de Santiago.
Descripción de la ciudad de Santiago	Amadeo Frezier	Describe: la ubicación de Santiago; el río Mapocho sus bondades y poder destructivo; Disposición de las casas y tajamares; los temblores; la Plaza de Armas y su entorno.	Material de urbanismo de Santiago.
Santiago en 1743	Jorge Juan y Antonio de Ulloa	Describen: Las características de la ciudad; distribución de los edificios principales de la ciudad; Distribución y materialidad de las casas, inventario de terremotos; inventarios de edificaciones religiosas y educacionales; características del vecindario; cualidades de la mujer chilena y las organizaciones de la corona que funcionaban en la ciudad.	Material de urbanismo y sociedad de Santiago.
El prolijo tocado de las santiaguinas	Vicente Carballo y Goyeneche	Describe: La vestimenta de la mujer santiaguina; las joyas que usaban; la forma como se peinaban y particularidades físicas y sensibilidades.	Material sobre la sociedad de Santiago.

Fandangos, toros y penitentes	John Byron	Describe: las fiestas; la mujer chilena; la casa del siglo XVIII; el rito del mate y las esclavas; la gastronomía; las relaciones sociales; las corridas de toros; las procesiones y penitentes.	Material sobre la sociedad de Santiago.
Santiago, ciudad de fiestas y rogativas	José Pérez García	Describe: Los santos y su relación con las calamidades y devoción popular y las rogativas religiosas.	Material sobre la sociedad de Santiago.
Hogares santiaguinos en 1795	Jorge Vancouver	Describe: La casa colonial; la forma como se divertía la sociedad en el salón y la mujer en detalle.	Material sobre la sociedad de Santiago.

Fuente: Ricardo Latcham. *Antología de Santiago 1541-1941* (Sin datos editoriales, 1941), pp. 46-91. (Adaptación. Gastón Gaete Coddou, 2009).

Sobre la catalogación temática presentada, es posible establecer que hay cuatro miradas, las de: Pedro de Córdova y Figueroa, Felipe Gómez de Vidaurre, Amadeo Frezier y Jorge Juan y Antonio de Ulloa, que centran su perspectiva de relato en la panorámica urbana de Santiago. Estos enfoques permiten conocer, en líneas generales, las características de la ciudad capital del Reino de Chile y, por ende, el ámbito en el que se desarrollaban las vivencias y se expresaban las sensaciones y sentimientos de sus habitantes.

Sin embargo, para los fines de este trabajo se hace necesario insistir en la intangibilidad de aquello que llamamos la mentalidad y que para abordar esta materia en el siglo XVIII, hemos escogido cinco fuentes primarias en donde se hace referencia al: género, características de éste, comportamientos y el actuar de la mujer santiaguina dieciochesca.

Para el cometido ya individualizado, se presenta en tabla adjunta, una síntesis de estos escritos con sus autores, nacionalidades y los años de sus visitas a Santiago de Chile.

**TABLA N° 1**  
**ESPECTADORES DE LA MUJER SANTIAGUINA ARISTOCRÁTICA EN EL SIGLO XVIII**

AUTOR	NACIONALIDAD	AÑO DE VISITA A SANTIAGO
Jorge Juan y Antonio de Ulloa	Espanoles	1743
John Byron	Inglés	1743
José Pérez García	Español	1783
Jorge Vancouver	Inglés	1795
Vicente Carvallo y Goyeneche	Chileno	1778

Fuente: Ricardo Latcham. *Antología de Santiago 1541-1941* (Sin datos editoriales, 1941), pp. 75-79; 70-74; 61-63; 80-82 y 57-60. (Adaptación. Gastón Gaete Coddou, 2009).

Como es dable de apreciar las visiones que estos autores nos proporcionan corresponden a los últimos cincuenta años del Siglo XVIII y en cada uno de estos textos hay opiniones sobre la mujer santiaguina de alcurnia, destacando el: 'rasgo anatómico' de las féminas, tal cual, lo comenta

Vicente Carvallo y Goyeneche quien dice: “son de regular estatura, de airosos cuerpos; no son lindas; pero generalmente son bien parecidas, de buen talle y lucidas”<sup>1</sup>.

Esta descripción es complementada con los juicios de John Byron quien pormenoriza, acotando: “Las mujeres son notablemente hermosas... Llevan sumamente largo el cabello que es de lo mas abundante que se puede concebir”<sup>2</sup> y luego adiciona “Tienen lindos ojos chispeantes...”<sup>3</sup>. Conceptos que son reafirmados por Jorge Juan y Antonio de Ulloa: “...las mujeres, en quienes el agrado no sobresale menos que en las del Perú, son también de buen aspecto, y muy blancas y rosadas...”<sup>4</sup>. Rasgos que son notificados, a la vez, por Jorge Vancouver, quien trazó el siguiente comentario: “La mayor parte de las mujeres de Santiago no carecen de atractivos y muchas de las que tuvimos el gusto de ver en este sarao, eran hermosas; son generalmente morenas, tienen los ojos negros y los rasgos regulares”<sup>5</sup>.

En conclusión, es posible establecer un ligero perfil anatómico femenino de la época que comprendería un cuerpo de estatura intermedia, de proporciones medianas, cuya cabeza estaba coronada por cabello negro y chispeantes ojos y un cutis de blanca tonalidad; estas características pudieran conducirnos a pensar que se estaba en presencia de un grupo con bajo nivel de mestizaje y, donde, las particularidades tenían un fuerte ascendiente peninsular.

También es cierto que los viajeros se sorprendieron con el cuerpo de la mujer chilena dieciochesca, el cual, habría experimentado desde ese tiempo un cierto ‘destape’ y, en este sentido, ellas se las habrían ingeniado para ‘demostrar o mostrar’ mucho mas sus ocultos atributos, lo que causó una gran admiración por parte de los visitantes, tal como lo atestigua John Byron, al declarar que: “Andan con el pecho y los hombros muy escotados, y a decir verdad no cuesta mucho adivinarles las formas por su manera de vestir”<sup>6</sup>, apreciación que ya había anunciado Amadeo Frezier en un comentario cuando observó que: “llevan el seno y los hombros medio desnudos”<sup>7</sup>.

En definitiva, son estos datos los que habrían motivado a que la mujer se arreglara y se vistiera para ser observada por los hombres. Pero esta situación no era circunstancial, muy por el contrario, en gran medida pudiera haber sido una de las respuestas a que en esa época (siglo XVIII) habían muy pocos varones y una gran cuantía de féminas; se sabe que hacia 1790, la: “proporción de las mujeres con los hombres en Chile era de tres a uno”<sup>8</sup>, lo que naturalmente pudiera ser un factor que ayudara “a explicar la desenvuelta forma de actuar de la población femenina”<sup>9</sup>.

Paralelo a esto, los cronistas en cuestión también hacen referencia al: ‘peinado’ y los ‘accesorios’ de las mujeres. Vicente Carvallo y Goyeneche apuntó: “Peinan el pelo, haciendo de él muchas y delgadas trenzas a la oreja, hacen por ambos lados una chasquilla en figura de ala de pichón. En lo alto de la cabeza, desde una oreja a otra y detrás del ala de pichón, se ponen un turbante de flores de jardín, que llaman piocha. Detrás de ésta una cinta de tela de oro o plata, y por delante muchos tembleques de oro esmaltado, de perlas, de brillantes, y de otras piedras preciosas finas, que falsas no las aprecian, porque quiere que a lo lucido se agregue el ser todo de mucho costo”<sup>10</sup>. Esta misma preocupación por hacer de su frondosa cabellera un hermoso complemento de su indumentaria es realzado por John Byron, que entusiastamente registró para este detalle: “Llevan sumamente largo el cabello, que es de los mas abundoso que se puede concebir, sin ponerse en la

*cabeza otros adornos que unas cuantas flores; se lo peinan atrás en cuatro trenzas que enroscan en una orquilla, la cual luce en cada extremidad una rosa de diamantes”* <sup>11</sup>.

La pompa del peinado, se debía entre otros factores al afrancesamiento de la corte española, lo cual, aconteció desde los reinados de Felipe V y de su hijo Carlos III, quienes, por más de siete décadas, impulsaron una serie de cambios en las modalidades cortesanas, hecho que se plasmó en el surgimiento de un nuevo modelo y estilo de las autoridades, la apertura a la cultura universal y un apego mayor a la estética; en este contexto se debe situar la fisonomía de la mujer hispanoamericana y chilena en particular, la cual con el correr del siglo XVIII, irá adquiriendo una mayor cercanía a la usanza y realidad europea debido a que: *“Las mercaderías francesas operaron una rápida transformación de las costumbres coloniales”*<sup>12</sup>, por lo que no fue extraño que: *“La venida de comerciantes de Saint- Malo produjo pues, grandes provechos a la colonia, en la cual introdujeron muchos de esos adelantos de uso diario que contribuyeron al bienestar y la alegría de la vida”*<sup>13</sup>.

De igual manera, el mejoramiento de las condiciones para la navegación acercó a Chile a Europa, estimulando los intercambios comerciales y la llegada cada vez más frecuente de extranjeros que favoreció la asimilación y ampliación de experiencias y nuevas formas culturales.

En relación al peinado de la mujer aristocrática chilena dieciochesca, éste poseía cierta similitud a los que se usaban en Europa, pero por la carencia de recursos y pequeñez del mercado local para la adquisición de este tipo de especies o prendas, es posible que muchas de las adecuaciones se hicieran con un cierta nostalgia imitativa como las “alas de pichón” que eran una versión nativa de los suntuosos sombreros de grandes alas que se usaban en las testas burguesas del viejo continente. A la vez, el tapado del peinado criollo, ya sea en espacios públicos abiertos o cerrados, estaba dado por una mantilla, manto a o mantelina que era una prenda propia de la madre patria que se usaba de una manera muy sutil y: *“la práctica del tapado constituye una variación de una costumbre ancestral. El manto fue una herencia de la España mora, donde su uso – directamente ligado al velamiento del rostro y del cuerpo-... Sin embargo en España y América se transformó en un instrumento de seducción y coquetería”*<sup>14</sup>.

Por otra parte, el decorado con flores que se empleaba para el arreglo del pelo era una intervención propia del Barroco y Rococó, en donde se recargó y hasta cierto punto se exageró el uso del mismo para mejorar el aspecto ‘escénico’ personal.

La predominancia de este estilo también impactó en la cosmética facial de las mujeres, pues: *“...allí, donde la bondad del clima las dota tan sobresalientemente en la hermosura de los colores naturales, los disfrazan ellas con otros artificiales, cuya moda es muy regular en todo aquel Reino”*<sup>15</sup>.

En cuanto a los ‘accesorios’, en las mujeres santiaguinas se destacaban los: *“adornos en las orejas con pendientes de brillantes, o a lo menos, de perlas, y con una estrella de oro esmaltada de brillantes o perlas. Cubren los dedos de las manos con muchos anillos de brillantes, y adornan la garganta con un cintillo de brillantes, tres o cuatro perlas con una cruz de brillantes en medio, y a esta faja dan el nombre de ahogador. Sobre éste se ponen rosarios de oro, de perlas y cadenas de oro, que sostienen relicarios de mucho precio”* <sup>16</sup>.

La ostentación de las féminas contrastaba notablemente con el pasar de las afuerinas residentes en otras ciudades del Reino, ya que en esas urbes de vida casi adormecida y de pasar difícil, la vida social era muy escasa y con pocas oportunidades para poder mostrarse en la sociedad; en este sentido por la concentración de riqueza en Santiago y por la presencia de un grupo conocido como la Aristocracia, fue pertinente y bien visto que las mujeres hicieran gala de esta opulencia y detentaran todo tipo de joyas, las cuales, son: “uno de los índices más precisos del grado de refinamiento de una sociedad, del nivel de su cultura; en ellas se refleja ese disfrute por la vida que lleva el apogeo de lo accesorio y el gusto por el detalle. La indumentaria de las mujeres de élite era realzada por la riqueza de las joyas: punzones que recogían el pelo, sortijas, gargantillas o ahogadores, pendientes, aros, diademas, relicarios, piezas religiosas en el pecho y botones de oro, perlas y esmeraldas – la piedra más preciada en aquellos años- con formas naturalistas de frutas, flores e insectos, que contribuían a otorgar singularidad a su portadora y a mostrar a primera vista su categoría social y su situación económica”<sup>17</sup>.

La situación antes descrita llevó a que Amadeo Frezier, sentenciara que las mujeres de Santiago: “*gustan de mostrarse magnificas a cualquier precio que sea...*”<sup>18</sup>.

Lejos de estas manifestaciones de suntuosidad de la sociedad capitalina, los cronistas que visitaron la ciudad por estos años fueron igualmente muy asertivos al ilustrar las deficientes ‘condiciones de higiene personal’ de las mujeres aristocráticas santiaguinas. Una rápida lectura a las descripciones de estos cronistas nos permiten formarnos una idea clara sobre los edificios y el estado de aseo de las viviendas: “*se entra de la calle al patio por una puerta al frente del cuerpo del edificio cuyas alas y dos de los otros lados del cuadrilátero, a derecha e izquierda sirven de alojamiento a los sirvientes y los dormitorios. El departamento del dueño está compuesto de una antesala, un gran comedor y salón y un dormitorio...*”<sup>19</sup>. Pero lo que más impresionó a estos viajeros fueron las rogativas a San Lázaro para que interviniera ante el divino hacedor y protegiera a los residentes de la calamidad de la Sarna, padecimiento que afectaba a “*personas de higiene discutible*”; no obstante, el propio Jorge Vancouver denunciaba: “*...pero observamos en muchas ocasiones la falta de esa limpieza rigurosa.....especialmente tienen los dientes muy sucios*”<sup>20</sup>, hábitos o defectos que son también resaltados por Jorge Juan y Antonio de Ulloa, quienes afirman que: “*...les ofende las dentaduras, de modo que su defecto viene ser general*”<sup>21</sup>.

Las apreciaciones de estos autores sobre los olores y las exposiciones del cuerpo no eran gratas ni seductoras; más bien llegaban a ser bastante condenatorias: “*La limpieza, también como la ilustran los tratados de urbanidad de la época, experimentó una involución respecto de tiempos anteriores como la Edad Media, pues se prescindió del agua y se ignoró el cuerpo, con excepción del rostro y manos, las únicas partes que se mostraban*”<sup>22</sup>.

En relación a este desaseo, la sutileza femenina buscó disuadirlos mediante la coquetería y el uso de fragancias aromáticas; efluvios de galantería que favorecieron el desplazamiento “*de los umbrales de la tolerancia*”, puesto “*que los olores con los que siempre habían convivido*” ya estaban en niveles que se “*habían hecho insoportables*”. En este sentido “*El perfume se transformó en un medio para disimular y para modificar los malos olores corporales. Si las secreciones del cuerpo se enjugaron por medio de la ropa blanca, se recogieron en el pañuelo, o empezaron a limpiarse*

*mediante el agua y el jabón, intentaron ser, finalmente, neutralizadas y modificadas por los perfumes*<sup>23</sup>.

Lo cierto es que las mujeres capitalinas se fueron convirtiendo en prodigiosas alquimistas y creadoras de sus propias fragancias o esencias, con las cuales, buscaban mantener la atención de los hombres, o bien, *“parecer lo que no eran”*<sup>24</sup>.

Casi al finalizar el siglo XVIII Jorge Vancouver observaba a las damas chilenas y advertía que *“...la falta de esta limpieza cuidadosa y tan atractiva de que se jactan nuestras hermosas inglesas”*<sup>25</sup>, no obstante, esta situación se modificará con el tiempo; en efecto, se sabe que se aminoró en las décadas siguientes y que adquirió mayor intensidad cuando los patrones de aseo de la sociedad cambian, tras la introducción de la red de agua potable en varias ciudades del país a comienzos del siglo siguiente.

Pero de todas las impresiones que nos han legado los viajeros, sin lugar a dudas, la más importante es la ‘vestimenta’. A este respecto Carvallo y Goyeneche, resaltaba que: *“Las mujeres no llevan el mismo traje que las europeas”*<sup>26</sup>, debido a que *“el traje barroco de la metrópolis se adaptó a las particular geografía, costumbres y disponibilidad de materiales de la Colonia americana”*<sup>27</sup>. Esta adaptación según Vancouver, era muy valiosa *“...en todo su atavío, pues estaban ricamente vestidas a la moda del país. La parte más singular de su traje era una especie de jubón o pannier que bajaba de la cintura hasta un poco más debajo de la rodilla y que algunas llevaban aún más cortas; debajo del jubón llevan una camisa, cuyo ruedo está adornado con un encaje de oro; lo mismo que la extremidad de sus ligas”*<sup>28</sup>.

Complemento de lo planteado por Vancouver, Vicente Carballo y Goyeneche, proporciona un prolijo testimonio de los ropajes coloniales aristocráticos, en los que resalta los ricos detalles de las blondas, vuelos, trencillas de oro o plata, seda y otras delicadezas de gran valor ornamental y de estilo.

John Byron, al referirse a estos temas describió las ropas y prendas de las mujeres de Santiago: *“sus camisas están llenas de encajes, y sobre ellas se ponen un corpiño muy ajustado. Sus basquiñas (faldas) son abiertas adelante y dobladas las faldas para atrás, y van adornadas comúnmente con tres hileras de riquísimos galones de oro y plata. En el invierno se ponen una chaqueta de paño recamado de oro y plata, que en verano es del lienzo más fino, cubierto por los más preciosos encajes de Flandes.... Cuando el aire esta muy frío, se echan encima una capa”*<sup>29</sup>.

A partir de estas informaciones no hay duda alguna que las mujeres santiaguinas se engalanaban y vestían lo mejor que se podía para seguir siendo del gusto de las miradas masculinas. Con sus trajes, sus formas, el colorido de las telas empleadas, el largo de las faldas, lo generoso de sus escotes, las mangas descubiertas, la insinuación de sus piernas envueltas en finas medias de seda blanca, integraron una amalgama de encantos provenientes de la ilustrada ciudad luz, dejando atrás una larga época de aislamiento y privaciones de productos y estilos.

Las mujeres santiaguinas se las arreglaron para acomodar la moda parisina debido al: *“tiempo de desfase chileno”*...*“ocasionado por la lentitud de las comunicaciones y el aislamiento del*

territorio”<sup>30</sup> y, en especial, por la escasez de los productos y prendas para poder materializar sus anhelos de vestirse a la moda; afortunadamente *“los buques franceses trajeron a nuestras ciudades las variadas y finas telas, los delicados encajes y los finos paños fabricados en la monarquía de Luis XIV”*<sup>31</sup>.

Todo indicaría que el guardarropa de las santiaguinas se fue haciendo cada vez más esplendoroso y logró una *“una doble función: hizo la apoteosis visual de una élite; mostró una crudeza de diferencias de categoría y veló sus cuerpos, no para revelarlos en su naturalidad, sino para crear alrededor suyo un jeroglífico que impresionaba al ojo y le dificultaba a él y al resto de los sentidos penetrar la identidad, pues el traje la recluía a una zona interior profunda, no visible a simple vista; hacia la sexualidad un “erotismo revestido” que se jugaba en las decodificaciones de la seducción, y transformaba lo ostensible en un lenguaje no evidente sino equívoco”*<sup>32</sup>.

En otro contexto, no se pudo soslayar la incultura de que era parte de nuestro pueblo, una especie de oscurantismo que no respetaba nada ni a nadie y en donde Jorge Vancouver, decía que *“...la educación de las Mujeres de Santiago es de tal manera descuidada que sólo se encuentra entre ellas un corto número que sepa leer y escribir”* y ello quizás sea una prueba de que: *“La educación se dio más por observación que por instrucción, y se desarrolló en dos ámbitos: el hogar y la calle”*<sup>33</sup>.

En el caso de las damas, la instrucción apuntaba a que: *“Las niñas debían aprender las tareas domésticas, pues su ocupación futura era la de ser una buena esposa”*<sup>34</sup> y, en este sentido, a muchas de las hijas de las familias aristocráticas, se les enseñaba a tocar algún instrumento, a cantar, a danzar, a objeto que pudieran exhibir estas ‘gracias’ en los saraos de la época.

Otro cariz que se desprende de los relatos de los viajeros del siglo XVIII, eran la: ‘cordialidad y la amabilidad’ de las chilenas, actitudes que son resaltadas por Jorge Vancouver, al señalar: *“Sus maneras eran en general vivas y fáciles; tenían siempre cuidado por sacarnos de los pequeños tropiezos en que nos ponía sin cesar la ignorancia de su idioma...”*<sup>35</sup>, pero, no obstante, estos problemas idiomáticos, la estadía siempre resultaba agradable, resaltándose la amabilidad en cada hogar visitado por lo que: *“podíamos considerar sus casas como las nuestras y no se ocupaban sino en procurarnos entretenimientos y nada omitían de lo que debía contribuir a nuestros goces en su sociedad”*<sup>36</sup>.

Tanto las gratas recepciones familiares y el generoso cariño y atenciones dadas a los viajeros durante su estadía en Santiago, les ayudaban a sortear los largos períodos de navegación y de dificultades en el regreso a sus países de origen.

Otro aspecto digno de destacarse de las damas de la élite santiaguina del siglo XVIII, fueron la apariencia y la sociabilidad. Para los viajeros, el rol de la mujer en las distintas instancias de interacción social era preponderante, ya sea, en eventos públicos, en la intimidad de su propio hogar y dentro de la vida conventual. La apariencia dentro de los grupos de pertenencia social de las damas santiaguinas de esos tiempos era muy importante, ya que no había otra instancia o forma de mostrar su estatus dentro de la sociedad; en ese sentido más que parecerlo, o, en su defecto, aparentarlo *“El espacio social que definieron progresivamente estas élites sui generis no estaba*



definido por un estatuto jurídico, como la aristocracia europea, sino más bien por una serie de elementos materiales y simbólicos que las llevaban a ser percibida y reconocida como el grupo dominante por excelencia”.<sup>37</sup>

Los relatos de los viajeros nos entregan una visión simple pero realista de la vida social y en especial de las actividades e imágenes de las damas santiaguinas; estas preferentemente se encargaban de proyectar y simbolizar su poder como grupo dominante en cada instancia u actividad como eran las fiestas religiosas, los festejos oficiales del reino e incluso las conmemoraciones de San Juan Bautista y de la Concepción, las que se acompañaban con torneos de sortijas, corridas de toros, etc.<sup>38</sup>

José Pérez García, acerca de estas prácticas y participaciones sociales nos plantea que el número considerable de festividades religiosas asociadas a patronos era con el fin de atenuar las calamidades públicas que venían a empeorar las condiciones de vida de los vecinos de Santiago.

## CUADRO Nº 2 SANTOS PATRONOS EN EL SANTIAGO DEL SIGLO XVIII

PATRONO	ATRIBUCIÓN Y DÍA DE CELEBRACIÓN
Apóstol Santiago	Patrono de la ciudad, víspera y día del Santo.
Saturnino	Para los Temblores
San Antonio	Contra turbiones y avenidas del río Mapocho
San Sebastián	Para la peste
San Lázaro	Para la sarna
San Lucas Evangelista	Para la langosta
Visitación de Nuestra Señora y Santa Isabel	Para las lluvias
La octava del Corpus	Santísimo sacramento de Presidente y oidores de la Real Audiencia.
La Octava de Nuestra Señora de la Concepción	Sacramentos de los obispos y canónigos
Nuestra Señora del Rosario	Novenario de misión de los religiosos de Santo Domingo
San Francisco	Días de las llagas de los religiosos de San Francisco.
San Ramón	Celebrado por los religiosos de la merced.
San Agustín	Trece de mayo, en conmemoración del terremoto de 1674.

Fuente: Ricardo Latcham. *Antología de Santiago 1541-1941* (Sin datos editoriales, 1941). (Adaptación. Gastón Gaete Coddou, 2009).

En esta verdadera agenda anual de la fe las mujeres no desaprovechaban las oportunidades para lucir su estatus y vestuarios, al punto que en *“las procesiones también ocupaban gran parte del tiempo. En ellas se ostentaba con todo esplendor la suntuosidad y gala de la comunidad santiaguina”*<sup>39</sup>; el inglés John Byron, al referirse a estas actividades indicaba *“Otra diversión favorita de las señoras son las grandes procesiones de noche a las que van con velo, y como con este traje no se las puede conocer...Una noche de cuaresma, hallábame parado junto a una de las casas por donde debía pasar la procesión y debajo de la capa no llevaba más que un chaleco delgado, y en un momento en que saqué un brazo, pasó junto a mi una dama que me dio un pellizco con tantas ganas, que creía que me había sacado el pedazo...La amable dama se confundió inmediatamente entre la multitud...”*<sup>40</sup>.

Pero la ostentación de las mujeres de la aristocracia santiaguina, no solamente se manifestaba en las procesiones o actividades asociadas al culto, sino también cuando *“Las damas van a las corridas (de toros) lo más lujosamente vestidas que pueden, y se me ocurre que van más para que las admiren que para divertirse con un espectáculo que sólo puede causarles horror”*<sup>41</sup>. En aquellas ocasiones ellas también vestían a sus esclavas a la altura de su privilegiada posición social: *“Las señoras gustan mucho de tener a sus esclavas mulatas tan bien vestidas como ellas mismas, bajo todo aspectos, menos en las joyas, en lo cual se dejan llevar a las mayores extravagancias”*<sup>42</sup>.

A estos afanes de prestigio social, se debe agregar el hecho que las familias acomodadas de Santiago buscaran aumentar su estatus social al comprometer en matrimonio a sus descendientes, especialmente sus hijas, con varones de su mismo status y con patrimonio personal o familiar, situación que era tanto mejor si el pretendiente era extranjero, es decir de ascendencia europea o angloamericana<sup>43</sup>. En este sentido, la mujer, buscaba con todo tipo de encantos el medio propicio para lograrlo, tal como se afirma en que: *“Puerta por medio de nosotros vivía una señora que se llamaba dona Francisca Jirón... Tenía una hija Joven y muy bonita... Recibía muchas visitas y siempre que queríamos llegábamos con toda confianza a su casa.”*<sup>44</sup>, lo cual, se multiplicaba con otras instancias de contacto con el viajero o el invitado, como fueron los convites a tomar “mate” o asistir a comidas, eventos en los que se hacía gala de los lujos y la ostentación de la cual se jactaba la élite ya que: *“La divisa fundamental era <<vivir de manera noble>>, tener una apariencia y un comportamiento, una vestimenta y un hábitat, que reflejaran el ideal hidalgo que se quería proyectar”*<sup>45</sup>.

Precisamente en el primero de estos referentes de civilidad, el brebaje del mate se fue socialmente consolidando y era: *“... la costumbre de tomar dos veces al día el té del Paraguay, que, como ya he dicho, llaman mate: lo traen en una gran tacita de plata, de la cual se levanta cuatro pies destinados a recibir una tacita hecha de un calabazo guarnecido de plata... Lo beben por medio de una bombilla, que consiste en un largo tubo de plata... Y se tiene por una muestra de cortesía que la señora chupe primero una dos veces la bombilla y que enseguida se la sirva sin limpiar al convidado”*<sup>46</sup>. Al igual, que el rito anterior, en la cenas, era muy importante para las señoras dar una buena impresión a los “convidados” como una muestra elocuente de superioridad social, por lo que: *“...hay, además, la costumbre de que la hora de comer se le presenten a uno dos mulatillas, trayéndole una bandejita de plata alguno de esos guisos picantísimos, con un recado de Doña Fulana, que desea que uno coma un bocadito... por mas que la mesa sea abundante, por que de lo contrario se le hace un desaire. Si tal hubiese sido la costumbre en Chiloé, nunca nos hubiese parecido mal; pero, aquí, muchas eran las veces en que deseábamos que se omitiera esa ceremonia”*<sup>47</sup>.

En tanto, hay que destacar que la sociabilidad lúdica que modeló intensamente el intercambio colonial de la vida comunitaria del Santiago dieciochesco fueron las: Tertulias o Fandangos, reuniones propiciadas por la influencia francesa en la sociedad chilena, lo que se tradujo en una modificación de las costumbres locales, toda vez que *“se vive menos en las iglesias, y más en los salones”*<sup>48</sup>, hecho que John Byron confirma cuando escribe *“En la época más calurosa del año, las familias acostumbran a reunirse desde las seis de la tarde hasta las dos o tres de la mañana para pasar el tiempo entre música y otras diversiones”*<sup>49</sup>.

Los Fandangos o Tertulias, se realizaban en lugares específicos de la vivienda, espacios que fueron adaptados y modelados solo para este fin, tal como lo describe Vancouver *“El departamento del dueño está compuesto de una antecala, un gran comedor y salón y un dormitorio... la principal tiene de cerca de sesenta pies de largo y veinticinco de ancho, y creo que su altura es igual al ancho... estaba muy convenientemente arreglada... En cada extremo de la sala, grandes puertas de dos hojas. La concurrencia estaba dividida en dos partes, las señoras sobre cojines a un lado de la sala, y los hombres frente a frente de ellas sentados en sillas”*<sup>50</sup>.

Fue precisamente en estos encuentros o reuniones sociales donde las mujeres santiaguinas llamaron rápidamente la atención de los viajeros, los que describieron en detalle su desenvoltura y protagonismo en estos círculos *“Las diversiones de la velada consistieron en conciertos y baile, en los cuales hacían los principales papeles las damas y parecían tener gran placer; las mujeres fueron los únicos músicos; una de ellas tocaba el piano y las otras el violín, la flauta o el arpa”*<sup>51</sup>.

El comportamiento femenino no sólo fue en la vida de salón sino también en el convento, en donde las señoritas de la aristocracia santiaguina se integraban a una vida que iba *“...más allá de su significación meramente religiosa; el monasterio desempeñó un papel muy importante para la conservación del orden social, sobre todo en lo que se refiere a la estabilidad de la clase dirigente”*<sup>52</sup>. En los claustros de monjas era habitual y correspondiente con la élite, según Vancouver, que la socialización propia del círculo aristocrático se practicara, *“las religiosas eran de lo más rumbosas en sus fiestas cuando recibían la visita de las autoridades, en la sala principal del convento se les servía mate, dulces y refrescos, amenizando el acto con tonadas patrias y acompañamientos exquisitos de guitarra. También con el ruido algo enojoso de algún fuerte tambor se llamaba la atención”*<sup>53</sup>.

## **I. A MODO DE CONCLUSIÓN**

Tras reconocer y analizar los atributos que sobre la mujer chilena y en especial la perteneciente a la aristocracia santiaguina hicieron un grupo de cronistas extranjeros se puede afirmar que hubo un gran acogimiento y muestras de familiaridad a los foráneos, a quienes las mujeres más jóvenes siempre mostraron una mayor y sentida hospitalidad. John Byron advertía que estas relaciones de amistad creaban un reconocido ambiente de afabilidad y *“Así pasábamos muy agradablemente todo el largo tiempo que vivimos en este país”*<sup>54</sup>.

A Jorge Vancouver el aprecio femenino y el que *“Sus puertas estaban siempre abiertas, podíamos considerar sus casas como las nuestras y no se ocupaban sino en procurarnos entretenimientos y nada omitían de lo que debía contribuir a nuestros goces en su sociedad”*<sup>55</sup>.

Estas y las otras referencias indicadas, podrían ser sintetizadas en el deseo de construir un ambiente local y nacional más grato que compensara la propensión a las grandes desgracias. En este contexto habría sobresalido una especie de ideario femenino que presentaba grados de vulnerabilidad y felicidad futura, y de estar a la espera de ser observadas, estimadas, queridas y valoradas, favoreciéndoles a una positiva existencia individual y social.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvarez Urquieta, Luis. *La pintura en Chile durante el período colonial* (Sin datos editoriales, 1933).
- Amunátegui Solar, Domingo. *Historia social de Chile* (Sin datos editoriales, 1932).
- Byron, John. *Fandangos, toros y penitentes* (Sin datos editoriales, 1743).
- Cano Roldán, Imelda. *La mujer en el reino de Chile* (Sin datos editoriales, 1980).
- Carvallo y Goyeneche, Vicente. *El prolijo tocado de las santiaguinas* (Sin datos editoriales, 1778).
- Córdova y Figueroa, Pedro. *La ciudad deliciosa a la vista* (Sin datos editoriales, 1740).
- Cruz Ovalle, Isabel. *Seduciones de lo íntimo, persuasiones de lo público. El lenguaje del vestido en Chile, 1650-1821* (Sin datos editoriales, 2007).
- Frezier, Amadeo Francisco. *Descripción de la ciudad de Santiago, capital del Reyno de Chile* (Sin datos editoriales, 1716).
- Gazmuri, Cristian y Rafael Sagredo. *Historia de la vida privada en Chile. De la Conquista a 1840* (Sin datos editoriales).
- Gómez de Vidaurre, Felipe. *Historia geográfica, natural y Civil del Reyno de Chile* (Sin datos editoriales, 1789).
- Latcham A., Ricardo. *Estampas del Nuevo Extremo. Antología de Santiago, 1541-1941* (Sin datos editoriales, 1941).
- Malaspina, Alejandro. *La expedición Malaspina, 1789-1794* Tomo V (Sin datos editoriales).
- Millar, René y Carmen Gloria Duhart. *La vida en los claustros. Monjas y frailes, disciplinas y devociones* (Sin datos editoriales).
- Molina, Juan Ignacio. *Compendio de la historia geográfica natural y civil del Reino de Chile* (Sin datos editoriales, 2000).
- Pérez García, José. *Santiago ciudad de fiestas y rogativas* (Sin datos editoriales, 1783).
- Pijoan, José. *Historia del arte* Tomo VIII (Sin datos editoriales, 1970).
- Salinas Meza, Rene. *Población, habitación e intimidad en el Chile tradicional* (Sin datos editoriales, 2007).
- Sagredo, Rafael. "Y verás como quieren en Chile" *Revista Patrimonio* n° 33.
- Valenzuela Márquez, Jaime. *Afán de prestigio y movilidad social: Los espejos de la apariencia* (Sin datos editoriales, 2007).
- Vancouver, Jorge. *Los hogares santiaguinos en 1795* (Sin datos editoriales, 1795).

---

<sup>1</sup> Ricardo Latcham. *Estampas del Nuevo Extremo. Antología de Santiago 1541-1941* (Sin datos editoriales, 1941); Vicente Carvallo y Goyeneche. *El prolijo tocado de las santiaguinas* (Sin datos editoriales, 1778), p. 60.

<sup>2</sup> Latcham (1941); John Byron. *Fandangos, toros y penitentes* (Sin datos editoriales, 1743), p. 70.

<sup>3</sup> Byron (1743), p. 71.

- 
- <sup>4</sup> Latcham (1941), p. 77.
- <sup>5</sup> Latcham (1941); Jorge Vancouver. *Los hogares santiaguinos en 1795* (Sin datos editoriales, 1795), p. 81.
- <sup>6</sup> Latcham (1941); Byron (1743), p. 71.
- <sup>7</sup> Rafael Sagredo. "Y verás como quieren en Chile" *Revista Patrimonio* n° 33, p. 1.
- <sup>8</sup> Alejandro Malaspina. *La expedición Malaspina, 1789-1794* Tomo V (Sin datos editoriales), p. 2.
- <sup>9</sup> Malaspina.
- <sup>10</sup> Latcham (1941); Carvallo y Goyeneche (1778), p. 59.
- <sup>11</sup> Latcham (1941); Byron (1743), p. 70.
- <sup>12</sup> Domingo Amunátegui Solar. *Historia social de Chile* (Sin datos editoriales, 1932), p. 103.
- <sup>13</sup> Amunátegui (1932), p. 104.
- <sup>14</sup> Cristian Gazmuri y Rafael Sagredo. *Historia de la vida privada en Chile. De la Conquista a 1840* (Sin datos editoriales), p. 311.
- <sup>15</sup> Latcham (1941); p. 77.
- <sup>16</sup> Latcham (1941); Carvallo y Goyeneche (1778), p. 59.
- <sup>17</sup> Gazmuri y Sagredo, p. 312.
- <sup>18</sup> Rafael Sagredo. "Y verás como quieren en Chile" *Revista Patrimonio* n° 33, 2.
- <sup>19</sup> Latcham (1941); Vancouver (1795), p. 80.
- <sup>20</sup> Latcham (1941); Vancouver (1795), p. 81.
- <sup>21</sup> Latcham (1941), p. 78.
- <sup>22</sup> Gazmuri y Sagredo, p. 316.
- <sup>23</sup> Gazmuri y Sagredo, p. 318.
- <sup>24</sup> Gazmuri y Sagredo, p. 318.
- <sup>25</sup> Latcham (1941); Vancouver (1795), p. 81.
- <sup>26</sup> Latcham (1941); Carvallo y Goyeneche (1778), p. 57.
- <sup>27</sup> Gazmuri y Sagredo, p. 310.
- <sup>28</sup> Gazmuri y Sagredo, p. 310.
- <sup>29</sup> Latcham (1941); Byron (1743), pp. 70-71.
- <sup>30</sup> Gazmuri y Sagredo, p. 3.
- <sup>31</sup> Amunátegui Solar (1932), p. 103.
- <sup>32</sup> Gazmuri y Sagredo, p. 314.
- <sup>33</sup> Gazmuri y Sagredo; René Salinas Meza. *Población, habitación e intimidad en el Chile tradicional* (Sin datos editoriales, 2007), p. 41.
- <sup>34</sup> Gazmuri y Sagredo; Salinas Meza (2007), p. 41.
- <sup>35</sup> Latcham (1941); Vancouver (1795), p. 81.
- <sup>36</sup> Latcham (1941); Vancouver (1795), p. 82.
- <sup>37</sup> Gazmuri y Sagredo; Jaime Valenzuela Márquez. *Afán de prestigio y movilidad social: los espejos de la apariencia* (Sin datos editoriales, 2007), p. 73.
- <sup>38</sup> Imelda Cano Roldan. *La mujer en el Reyno de Chile* (Sin datos editoriales, 1980), p. 523.
- <sup>39</sup> Cano Roldan (1980), p. 523.
- <sup>40</sup> Latcham (1941); Byron (1743), pp. 73-74.
- <sup>41</sup> Latcham (1941); Byron (1743), p. 73.
- <sup>42</sup> Byron (1743), pp. 71-72.
- <sup>43</sup> Gazmuri y Sagredo; Valenzuela (2007), pp. 81-85.
- <sup>44</sup> Latcham (1941); Byron (1743), p. 73.
- <sup>45</sup> Gazmuri y Sagredo; Valenzuela (2007), p. 81.
- <sup>46</sup> Latcham (1941); Byron (1743), p. 72.
- <sup>47</sup> Latcham (1941); Byron (1743), p. 72.
- <sup>48</sup> Cano Roldan (1980), p. 167.
- <sup>49</sup> Latcham (1941); Byron (1743), p. 70.
- <sup>50</sup> Latcham (1941); Vancouver (1795), p. 80.
- <sup>51</sup> Latcham (1941); Vancouver (1795), p. 80.

---

<sup>52</sup>Gazmuri y Sagredo; René Millar y Carmen Gloria Duhart. *La vida en los claustros. Monjas y frailes, disciplinas y devociones* (Sin datos editoriales), p. 126.

<sup>53</sup> Cano Roldan (1980), p. 525.

<sup>54</sup> Latcham (1941); Byron (1743), p. 73.

<sup>55</sup> Latcham (1941); Vancouver (1795), p. 82.

Las opiniones, análisis y conclusiones del autor son de su responsabilidad y no necesariamente reflejan el pensamiento de *Revista Estudios Hemisféricos y Polares*.

La reproducción parcial de este artículo se encuentra autorizada y la reproducción total debe hacerse con permiso de *Revista Estudios Hemisféricos y Polares*.